

Alerce

N° 104, abril de 2023. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Eliana Albala, la bella palabra que nace entre los músicos del viento

Destacada creadora en el mundo de las letras, Eliana Albala integró el plantel académico de la Universidad de Chile hasta 1973 y durante 25 años impartió Literatura y Sociedad en la UNAM. Docente más tarde de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, ha dictado diversos talleres y ha recibido, tanto en México como en nuestro país, importantes premios en su condición de poeta, cuentista, ensayista y personalidad artística. Su obra, de sólida estatura estética, ha sido antologada desde Estados Unidos hasta Chile, y llega ahora en forma de verso a las páginas de *Alerce*, que se complace en compartir con sus lectores esta edición dedicada íntegramente a la autora.

Arte poética

Cuando tú y yo vagábamos
tomados de la mano
tal vez era más fácil
porque entonces la poesía se hacía en
tecnicolor, ¿recuerdas?
Hoy nos irrumpe, en cambio,
como un extraño sueño sin visiones.
Hoy escuchamos ruidos
Los ruidos que esperaban
agazapados detrás de los colores
soñando,
vibrando,
ritmando en las orejas del vecino sordo
de música.

Odio la poesía porque se escapa
con un golpe de grises dedos
acodados al muro del agua que se estanca.
He aquí el océano
de barro
en la otra orilla
y no alcanzas.
Pan cotidiano, viril y desgarrado
como un barco
viejo. Tumba olorosa
que parece vida
pero te acercas



y es el espejo el que palpas.

Odio la poesía que se escapa en espejos.
Oh amado ojo vulnerable, incompleto.
Ventanas al vacío. Otros vacíos más allá
del silencio,
de la distancia ausente, inescrutable.
Viento, mañana, sol,
barriga –nunca vista--
de cocodrilo arcaico. Mejor
diría mesa
pero por dentro: aroma
de la madera que la hizo,
perfumada, aceitosa.

Tengo una niña rubia

Tengo una niña rubia
graciosamente pájaro.
Cuando canta me inunda de secretos.

Sucede cada día que se roba palabras
como cáscaras
y las va sacudiendo
de música.

Pero ella sabe la extraña magia
del viento
y mi niña se cuaja
de celestes relámpagos.

Entonces escucho desprendidos
los antiguos olores de las cosas
y el eco
de abanicos
que sacuden el aire.
Dulcemente sucede
y su voz se va hinchando
de callados misterios.

Puedo palpar todo el gemido
de la garganta al ojo
y del signo al recuerdo
--que se pasea como una dulce paloma,
dignamente--.
Y por eso,
mientras mi niña aprieta las semillas
yo las voy olvidando.

Espejos

Y ya parece que la alcanzas,
que es vida
que ya está en tu mano
como un descubrimiento
de sal
y pan
viril y desgarrado.
Desnudamente en un espejo
que te muestra la vida
pero por dentro,
resguardada de vidrio
y de calor encerrado
bajo techo.

Parece vida
y te acercas
y se te escapa la imagen
que palpita vacía,
desalmada,

silente en la distancia
inescrutable
de los mundos cerrados.

Poetas

Somos los músicos del viento.
Sólo cuando los ojos
digan que basta,
tiritando
como los náufragos
que nunca arriban,
llegaremos desnudos
más allá del recuerdo.

No hay recuerdo, hay poetas.
Poetas, simplemente,
como penetra el viento
en el olvido.

Con estas manos

Eres el infinito
que se esconde
en las playas sombreadas por palmeras. Tortuga
ovípara
ahuecada en su concha.
Hondura de reloj
sin manecillas, ciego
y blanco
de asombro: negación de la cifra.

Busco en los orificios
lo que quisiste ser;
en las enredaderas de las bardas,
adentro de los pozos,
en la espuma del agua,
en los balcones mojados de ojos
que alguna vez lloraron con tus lágrimas. Túnel
del sueño
que te horada.
Agujero del ojo
que no llora.
Laberinto confuso,
hondura,
ombliigo,
cordón umbilical que se despliega
como un largo orificio,
y te atrapo
y no sé tu nombre,
y me dices que no eras tú
lo que busqué con estas manos de minero
o de náufrago.



Un llanto incontenible

(Fragmento)

Alguien entonces,
cualquier entrometido
te pregunta quién eres
y quiere que tú le digas
con quién vives
en esa casa tan linda
y tan llena de libros
y de olor a futuro,
o quién te llama por teléfono,
o a quién invitas los domingos,
y entonces sin sospechar por qué,
sin poder contenerte
sale un llanto a raudales
de tus ojos
y piensas
que está muy bien
tu máquina de llorar.

Y la verdad es que esa máquina
está bien
aunque no sepas claramente
de qué modo funciona.
Un llanto que se despeña
como una cascada
en el momento menos indicado.
Generalmente frente a extraños.
Frente a dueños de tiendas
de fotografía
que entregan ampliaciones.
De pan,
donde se compra aún
más pan del necesario.
De fruta,
donde siguen estando las manzanas.
De la peluquería,
en donde los espejos
te recuerdan
que no estás sola
sino muerta
y pudriéndote
de la única mitad
que de veras amabas.



Cuernavaca

(Fragmento)

Cuernavaca, albergue de mi vida:
Estoy sola,
pero esta oda te envuelve en mis palabras.
Dentro de ti, mi compañero
ha muerto
inolvidable
para siempre en tus brazos.
Y te quedaste en él,
(y en mí –que soy el eco
que aún respira su historia–)
primaveral, geográfica, dilecta, multiplicadamente
viva
para siempre
en su muerte.
Con una fecha irreversible, incuestionable,
para siempre
en su lápida.

Prólogo

Porque no sé cantar
y mi voz es opaca
como un cuerno salvaje,
tengo en la boca rumor a vino turbio
y la saliva triste
de no haber comenzado.

Río de cielo

Entonces,
por aquellos que somos
de la calle y del tiempo
cuando en el aire vuela
la distancia del ala,
viene la lluvia y cae
como un río de asombro.

Amo la prolongada gota
de este río que llueve
desde un cielo a la tarde.
Amo el agua que emerge, repetida
desde donde se ignora,
mientras por ella se alza
la calle al universo.

Aún no sabemos

Aún no sabemos
el color
de la muerte.
Tal vez
ese bochorno que ilumina
el triste acero de las ventanas,
esa montaña que nos mira
desde un sollozo entristecido
con la profunda pena
de su lejanía,
tal vez el bosque
con sus cilíndricos relámpagos,
tal vez el trazo rítmico
de un viaje infalible
poco a poco fugaz
y demasiado escéptico y punzante,
o ese sol que desarma
la angustia de la luz,
esa afelpada luz,
esa asombrosa luz
en el instante del relámpago.

O tal vez no es la luz
sino la llamarada

que se confunde con el tiempo:
ese minuto que camina y camina
y se desdobra
y distiende
y se despliega
y se acaba.

O bien escalofrío,
cántaro, aguacero
que aletea y fatiga
su lúgubre añoranza.

O acaso lluvia, granizo,
ráfaga temprana
que estrangula palomas
y mutila a los huéspedes
de los encuentros nupciales.

O bien, por su color
no se confunde con el tiempo
sino con la neblina lúdica del agua
y su melena estrecha y empinada.
O a lo mejor no quiere
que la confundan con el agua
y prefiere teñirse
ese minuto que camina
y camina
y se desdobra
y se acaba,
y por allá muy lejos
se desploma y ondula
y se convierte
en un temible muro
perpetuo,
interminable.

Los que nos fuimos sin las cosas

(Fragmento)

¿Pertenece alguna vez a otro planeta?
¿A otro dios?
¿A otros espacios mundanales?

Desmemoriados repartidos,
lanzados,
desperdigados por el mundo,
escuchen:
Cuando regresen, ya no recordarán su propia
historia,
podrida en la basura de las cosas inútiles.
Palabras que caían una a una rodando:
se fueron por el río,
aireadas y livianas, sin siquiera mojarse.
Nosotros: los amnésicos.

Nosotros los amnésicos,
¿en qué idioma
desarraigamos nuestra vida?
¿Pensando qué palabras,
escuchando qué ruidos
amontonábamos el tiempo,
las lentas muertes cotidianas,
la inevitable
perfección
del cosmos?

¿Con qué mano
nos abrochamos el abrigo
el día en que nos fuimos?
Esto sí lo recuerdo:
corría un viento helado,
una brisa maligna.